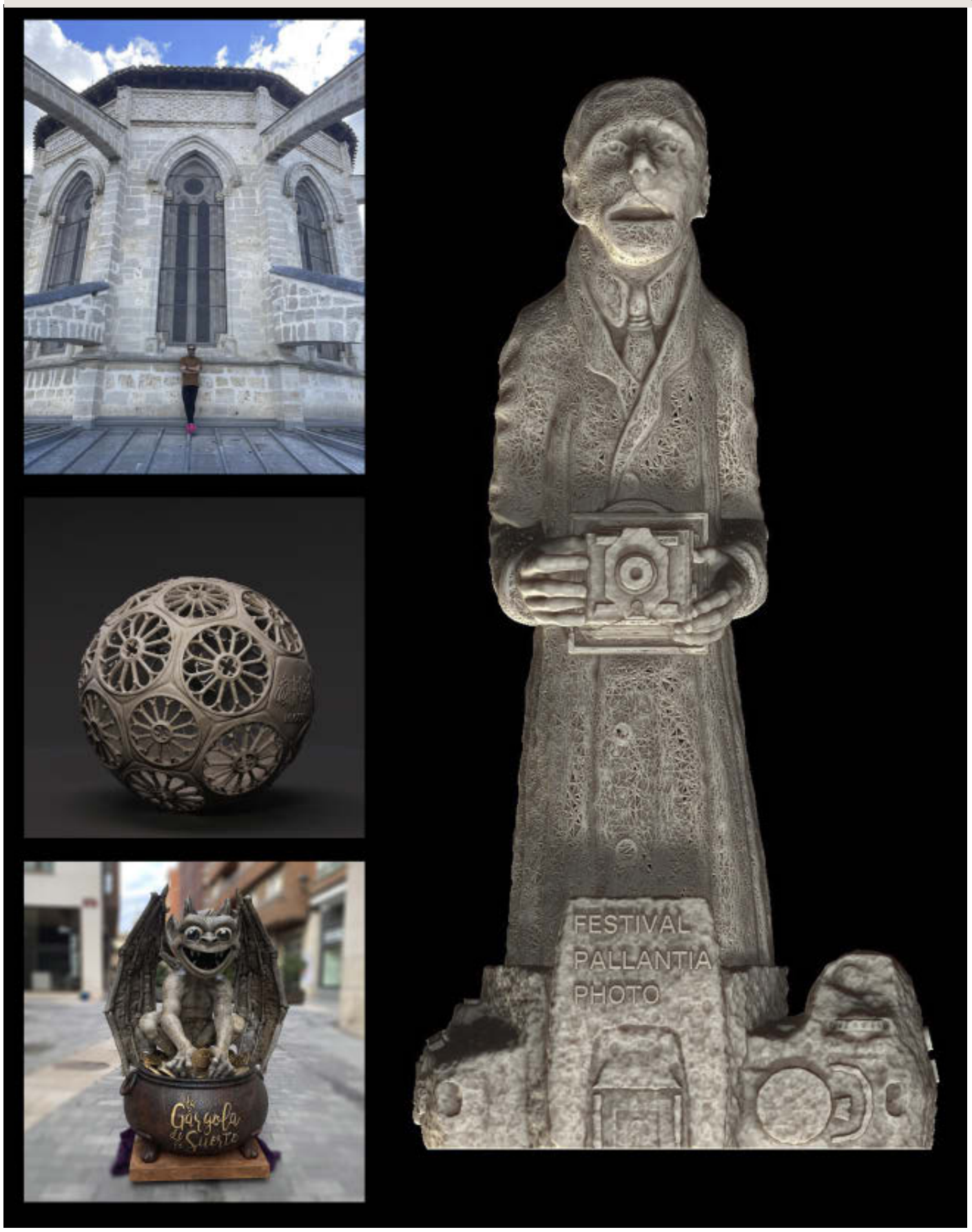
AL LÍO...



ÓSCAR ARAGÓN (XCULPTOR)



ESCALA EN TU VIDA Y VIVE

El arte que no sale de las tripas, de vivir y de mancharse las manos, no sirve para nada

ENTRA Y DESCUBRE QUE PUEDES HACER

Acuérdate de la mayor animalada, ilegal e imprudente, que hiciste de joven en una noche de fiesta. Esa en la que la adrenalina te anuló por completo el sentido común. Esa en la que sudaste frío pensando: «Como me pillen, me arruinan la vida». Se te acelera un poco el pulso solo de pensarlo, ¿a que sí? Esa mezcla de pánico absoluto y de sentirte más vivo que nunca es una droga muy bestia. Al lío:

Tres de la mañana. Un sábado de hace ya mucho tiempo. Mis colegas y yo en un bar, tomando la última. Esas noches en las que todo te parece una idea brillante. En aquella época teníamos una afición un poco… rara. Nos ponía explorar edificios en construcción y ruinas en mitad de la noche. Verles las entrañas. Si un edificio tenía andamios, para nosotros era un cartel luminoso que gritaba: «Subid, que aquí arriba pasa algo». Esa noche con mis colegas suelto la genialidad: «Sujétame el cubata. La catedral está con andamios. Nos subimos a la torre».

Silencio en la barra. Uno dice que viene. El otro se acojona vivo y dice que se queda en la plaza «vigilando». Comienza la escalada. Saltar la valla. Meterte entre los hierros. Engancharte a las escaleras del andamio. La adrenalina se dispara. Cada pequeño roce de la zapatilla con el metal suena como un altavoz en mitad del silencio de la plaza. Pero solo quieres subir.

Primera parada: el reloj de la torre. Verlo tan de cerca impone. Las agujas gigantes, la maquinaria pesada delante de tu cara. Es como si el tiempo te paralizara todo el cuerpo. Pero sigues trepando. La altura ya acojona. Llegamos al campanario. Pasamos rozando las campanas con las manos, tocando siglos de sonido dormido. En la penumbra total de esa terraza, una puerta. Saco el mechero. Llama mínima. Entramos.

Bajamos a oscuras por una escalera de caracol estrechísima. Piedra gastada. Eco brutal a cada paso. Llegamos a las «tripas» de la catedral: el hueco exacto donde se encuentran el tejado y las bóvedas. El polvo flotando a la luz del mechero. Las piedras negras y espacios inmensos que ahogan tu respiración.

De repente, salimos fuera al tejado. Estamos por encima de las gárgolas. Cara a cara. La del esqueleto. El fotógrafo. Las vistas de la ciudad son una locura. Nos sentimos medio dioses, medio gilipollas. Seguimos bajando por las escaleras y abrimos la última puerta… ¡boom! Un fogonazo de color nos atraviesa los ojos. La catedral de San Antolín encendida al revés. Oscura por dentro, pero acribillada por las luces de colores que entran por las vidrieras desde la calle.

Yo me cago encima. Hablando claro. No solo de miedo, sino por lo que estaba sintiendo. Una mezcla de vértigo, respeto y pensar «ni de coña deberíamos estar presenciando esto, pero ya es tarde». Paseamos por la girola, el crucero y encima de la puerta de San Antolín viendo el gran rosetón brillar. Cada impacto de color se me quedaba clavado en el cerebro como el destello de un disparo en la noche.

Decidimos que ya vale. Volvemos sobre nuestros pasos para buscar la salida por los andamios. Nos asomamos a la plaza para bajar y... La policía. Justo abajo. Nuestro colega «el vigilante», desaparecido. Una hora entera allí arriba. Escondidos. Congelados. Con el corazón intentando salir por la garganta. Cuando por fin vemos que se largan, bajamos por los andamios como jodidos rayos. El tiempo, que se había parado en el reloj de la torre, se puso otra vez en marcha a 200 por hora. Cuando toqué el suelo, me tiré y lo besé. No por religioso, te lo aseguro. Por estar vivo y libre.

Pasan los años, pero hay cosas que no se borran. Toda esa experiencia, aquel subidón, va llenando un pozo de ideas en mi cabeza. Y cuando ese pozo rebosa, solo puedo vomitarlo y sacarlo fuera en forma de Xculturas. Cuando alguien me habla de la catedral de Palencia, yo no pienso en obispos ni en historia. Mi cabeza me traslada a aquella noche. Al vértigo. Al andamio. El fotógrafo de piedra con el que me crucé en las alturas.

El arte que no sale de las tripas, de vivir y de mancharse las manos, no sirve para nada. Si tú también quieres tener una pieza que cuente una historia real, que no sea decoración vacía sino algo con sangre y cicatrices, ya sabes dónde encontrarme. Nos leemos.